

2 JUNIO 2024 CORPUS CHRISTI



1. CONTEXTO

LA ULTIMA CENA

Al narrar la última Cena de Jesús con sus discípulos, las primeras generaciones cristianas recordaban el deseo expresado de manera solemne por su Maestro: «**Haced esto en memoria mía**». Así lo recogen el evangelista **Lucas y Pablo**, el evangelizador de los gentiles.

Desde su origen, la **Cena del Señor** ha sido celebrada por los cristianos para **hacer memoria** de Jesús, **actualizar su presencia** viva en medio de nosotros y **alimentar nuestra fe** en él, en su mensaje y en su vida entregada por nosotros hasta la muerte. Recordemos **cuatro momentos** significativos en la estructura actual de la misa. Los hemos de vivir desde dentro y en comunidad.

La escucha del Evangelio. Hacemos memoria de Jesús cuando escuchamos en los evangelios el relato de su vida y su mensaje. Los evangelios han sido escritos, precisamente, para guardar el recuerdo de Jesús alimentando así la fe y el seguimiento de sus discípulos. Del relato evangélico no aprendemos doctrina sino, sobre todo, **la manera de ser y de actuar de Jesús**, que ha de inspirar y modelar nuestra vida. Por eso, lo hemos de escuchar en actitud de discípulos que quieren aprender a pensar, sentir, amar y vivir como él.

La memoria de la Cena. Hacemos memoria de la acción salvadora de Jesús escuchando con fe sus palabras: "Esto es mi cuerpo. Vedme en estos trozos de pan entregándome por vosotros hasta la muerte... Éste es el cáliz de mi sangre. La he derramado para el perdón de vuestros pecados. Así me recordaréis siempre. Os he amado hasta el extremo".

En este momento confesamos nuestra fe en Jesucristo haciendo una síntesis del misterio de nuestra salvación: "Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. Ven, Señor Jesús". Nos sentimos salvados por Cristo nuestro Señor.

La oración de Jesús. Antes de comulgar, pronunciamos la oración que nos enseñó Jesús. Primero, nos identificamos con los **tres grandes deseos** que llevaba en su corazón: el respeto absoluto a Dios, la venida de su reino de justicia y el cumplimiento de su voluntad de Padre. Luego, con sus **cuatro peticiones al Padre**: pan para todos, perdón y misericordia, superación de la tentación y liberación de todo mal.

La comunión con Jesús. Nos acercamos como pobres, con la mano tendida; tomamos el Pan de la vida; comulgamos haciendo un acto de fe; acogemos en silencio a Jesús en nuestro corazón y en nuestra vida: "Señor, quiero comulgar contigo, seguir tus pasos, vivir animado con tu espíritu y colaborar en tu proyecto de hacer un mundo más humano".

En el fondo de esa cena hay algo que jamás será olvidado: sus seguidores no quedarán huérfanos. La muerte de Jesús no podrá romper su comunión con él. **Nadie ha de sentir el vacío de su ausencia.** Sus discípulos no se quedan solos, a merced de los avatares de la historia. En el centro de toda comunidad cristiana que celebra la eucaristía **está Cristo vivo y operante.** Aquí está el secreto de su fuerza.

De él se alimenta la fe de sus seguidores. No basta asistir a esa cena. Los discípulos son invitados a «comer». Para **alimentar nuestra adhesión a Jesucristo**, necesitamos reunirnos a escuchar sus palabras e introducirlas en nuestro corazón, y acercarnos a comulgar con él identificándonos con su estilo de vivir. Ninguna otra experiencia nos puede ofrecer alimento más sólido.

No hemos de olvidar que «comulgar» con Jesús es comulgar con alguien que ha vivido y ha muerto entregado» totalmente por los demás. Así insiste Jesús. Su cuerpo es **un «cuerpo entregado» y su sangre es una «sangre derramada»** por la salvación de todos. Es una contradicción acercarnos a «comulgar» con Jesús, resistiéndonos egoístamente a preocuparnos de algo que no sea nuestro propio interés.

Nada hay más central y decisivo para los seguidores de Jesús que la celebración de esta cena del Señor. Por eso **hemos de cuidarla tanto**. Bien celebrada, la eucaristía nos moldea, nos va uniendo a Jesús, nos alimenta de su vida, nos familiariza con el evangelio, nos invita a vivir en actitud de servicio fraterno, y nos sostiene en la esperanza del reencuentro final con él.

Cada cristiano tiene su idea personal de Cristo, más o menos clara, más o menos interiorizada. La comunión con Cristo no es un «encuentro a ciegas». Al acercarnos a comulgar, sabemos a quién buscamos. Ese encuentro pide, sobre todo, amor y entrega confiada.

(PAGOLA-HOMILIAS)

2. TEXTOS

1ª LECTURA: EXODO 24,3-8

En aquellos días, Moisés bajó y contó al pueblo todo lo que había dicho el Señor y todos sus mandatos; y el pueblo contestó a una: - «Haremos todo lo que dice el Señor.»

Moisés puso por escrito todas las palabras del Señor. Se levantó temprano y edificó un altar en la falda del monte, y doce estelas, por las doce tribus de Israel. Y mandó a algunos jóvenes israelitas ofrecer al Señor holocaustos, y vacas como sacrificio de comunión. Tomó la mitad de la sangre, y la puso en vasijas, y la otra mitad la derramó sobre el altar. Después, tomó el documento de la alianza y se lo leyó en alta voz al pueblo, el cual respondió:

- «Haremos todo lo que manda el Señor y lo obedeceremos.»

Tomó Moisés la sangre y roció al pueblo, diciendo:

- «Ésta es la sangre de la alianza que hace el Señor con vosotros, sobre todos estos mandatos.»

Moisés baja del monte Siná y en su ladera, donde el pueblo espera, **inicia el rito de la alianza**. Presenta el decálogo y el pueblo se compromete a cumplirlo. Doce estelas, representativas de las doce tribus, serán testigo y recuerdo perenne del compromiso contraído por el pueblo. El altar representa a la divinidad.

Y empieza el rito: un sacrificio de comunión y la aspersion con sangre del altar y de los asistentes. En estos sacrificios de comunión una parte del animal se ofrecía a la divinidad y la otra servía de alimento a los participantes; así se expresaban **la común unión de los asistentes entre sí y con la divinidad**. La sangre, sede de la vida, pertenece a Dios (y por eso se rocía al altar). Además, la sangre expía por la vida, por eso se rocía a los miembros de la comunidad para obtener el perdón de los pecados. La sangre es signo y sacramento de esa relación de vida que es la alianza.

La Nueva Alianza, inaugurada por Jesús, también recoge el rito de la sangre derramada sobre la cruz. **Es Mediador y Víctima perfecta.**

SALMO RESPONSORIAL: SAL 115

Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor.

¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?
Alzaré la copa de la salvación, invocando su nombre.

Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles.
Señor, yo soy tu siervo, hijo de tu esclava; rompiste mis cadenas.

Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando tu nombre, Señor. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo.

2ª LECTURA: HEBREOS 9,11-15

Cristo ha venido como sumo sacerdote de los bienes definitivos. Su tabernáculo es más grande y más perfecto: no hecho por manos de hombre, es decir, no de este mundo creado.

No usa sangre de machos cabríos ni de becerros, sino la suya propia; y así ha entrado en el santuario una vez para siempre, consiguiendo la liberación eterna.

Si la sangre de machos cabríos y de toros y el rociar con las cenizas de una becerra tienen el poder de consagrar a los profanos, devolviéndoles la pureza externa, cuánto más la sangre de Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, llevándonos al culto del Dios vivo.

Por esa razón, es mediador de una alianza nueva: en ella ha habido una muerte que ha redimido de los pecados cometidos durante la primera alianza; y así los llamados pueden recibir la promesa de la herencia eterna.

Parece ser lo esencial de la carta, donde se trata de lo que Cristo ha hecho: muriendo en solidaridad con los hombres y mujeres -y resucitando- ha ofrecido a todos el amor incondicional de Dios y en esto consiste la salvación.

El resto, templo, sangre, santuario, consagración, sacrificios, no son sino formas de expresar este mensaje fundamental.

EVANGELIO: MARCOS 14,12-16. 22-26

El evangelio tiene dos partes: **la preparación de la cena y la eucaristía**. En medio está el relato de la traición, que no se narra (v.17-21)

12 *El primer día de los Ázimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos:*

- «¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?»

El primer **día de los Azimos** era la víspera de Pascua. La cena pascual se celebraba a la puesta del sol. La festividad duraba siete días, durante los cuales no se comía pan fermentado. Se tomaba pan hecho de prisa y sin levadura (ázimo) También esto era un recuerdo de las preparaciones apresuradas realizadas por los israelitas para dejar Egipto. Recordaban asimismo el primer pan cocido con el nuevo grano, 4 días después de entrar los israelitas en Canaán.

Al principio la pascua se celebraba en las casas particulares, pero en tiempos del N. Testamento era la principal de las fiestas de peregrinación que **se celebraba en Jerusalén**. Hoy se conserva como una de las fiestas judías más importantes (Ex 12; Mc 14,1-2).

La iniciativa de celebrarla no es de Jesús, sino de los discípulos, que pretenden preparar la cena pascual judía. Jesús les indicara qué pascua es la que tienen que preparar.

13 *Él envió a dos discípulos, diciéndoles: - «Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo y, en la casa en que entre, decidle al dueño: "El Maestro pregunta: ¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?" Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arreglada con divanes. Preparadnos allí la cena.»*

Jesús los envía a la ciudad, no aparece el nombre de Jerusalén. Para que lleguen al lugar donde Jesús quiere celebrar su Pascua les da una señal: encontraran un hombre que, contra la costumbre, lleva un cántaro de agua (tarea propia de mujeres). O bien se trata de **un aguador que trabaja en una tintorería** (la familia de Juan Marcos) o bien la narración tiene un sentido figurado: el que lleva el agua **alude a Juan Bautista** el que bautiza con agua (1,8). Seguir al hombre del cántaro significa que tienen que cambiar, rompiendo con un pasado, es decir la mentalidad tradicional judía.

El lugar alto es donde se secaban las prendas tintadas. Otros estudiosos dan a la estancia el simbolismo de el monte de la alianza (la celebrará "en alto") y a la cruz levantada sobre la tierra.

Jesús va a celebrar **una pascua alternativa** que dará realidad a lo que anunciaba la antigua. Será liberación definitiva, creará el nuevo pueblo de Dios, que se extenderá a toda la humanidad. Los discípulos tienen que contribuir a ese nuevo éxodo siempre abierto en la historia.

16. *Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la cena de Pascua.*

La sala ya la tenía preparada "el amo de la casa". Lo demás lo preparan los dos discípulos, según costumbre (el narrador no detalla, lo supone conocido).

El relato de la institución de la Eucaristía nos habla, más que de un verdadero banquete pascual, de **una atmósfera pascual**. Sin alusión alguna al cordero, que ocupaba el centro de aquella comida, el acento recae en **los gestos y palabras de Jesús**.

22. *Mientras comían, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo: - «Tomad, esto es mi cuerpo.»*

Tomar el pan, bendecir y partir son gestos comunes, que corresponde al padre de familia o a quien preside. Pero **Jesús no come, sino que reparte**; y explica el gesto con una palabra inaudita. Les da su cuerpo en forma de pan, y por el pan de su cuerpo se los incorpora.

El cuerpo significa la persona en cuanto identidad, presencia y actividad. En consecuencia, al invitar Jesús a tomar el pan/cuerpo, invita asimilarse a él, aceptar su persona y actividad histórica como norma de vida. El mismo da la fuerza para ello (pan/alimento). No se indica que los discípulos coman el pan.

23-26 *Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio, y todos bebieron. Y les dijo: - «Esta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos. Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el reino de Dios.» Después de cantar el salmo, salieron para el monte de los Olivos.*

Al contrario que el pan, Jesús da la copa sin decir nada y, en cambio, se afirma explícitamente que todos bebieron de ella. Las palabras que explican el significado de la copa las pronuncia Jesús después que todos han bebido.

La sangre derramada significa la muerte violenta. *Beber de la copa* significa, por tanto, aceptar la muerte de Jesús y comprometerse, como él, a no desistir de la actividad salvadora.

Estos datos indican que "comer el pan" y "beber de la copa" son actos inseparables; es decir, que **no se puede aceptar la vida de Jesús sin aceptar su entrega hasta el fin**, y que el compromiso de quien sigue a Jesús incluye una entrega como la suya, por causa suya y del evangelio. De este modo, la participación en la eucaristía renueva el compromiso hecho en el bautismo de **seguir a Jesús hasta el final**.

Existe una nueva alianza que deroga la antigua. En la primera lectura de este domingo se nos dice que Moisés roció con la sangre al pueblo y el altar, expresando la unión de Dios con Israel. En la cena, el vino/sangre se bebe: su penetración en el interior del hombre expresa la comunicación del Espíritu, fuerza divina que lo capacita para cumplir esa alianza, que no es solo para los discípulos, sino que es universal.

3. PREGUNTAS...

1. *Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio.*

Partir el pan. El pan partido y repartido. Se parte para que puedan comer todos. Los que comen el pan partido son compañeros, hermanos. Romper, como si algo se desgarrara, ¿no es el único medio para que muchos puedan alimentarse de él? **Jesús escogió ser pan partido.** Verse desgarrado para ofrecer su vida a todos.

Y nadie ha de sentir el vacío de su ausencia. Sus discípulos no se quedan solos, los de hoy y los de siempre. En el centro de toda comunidad cristiana que celebra la eucaristía está **Cristo vivo y operante.** Aquí está el secreto de su fuerza.

- *¿Parto y comparto? ¿Tengo miedo al compromiso?*
- *¿Dónde está el secreto de mi fortaleza?*

2. *Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio, y todos bebieron.*

Echar el vino. Se reparte entre todos los que tienen su vaso dispuesto. Es como si se **derramase fiesta y alegría.** Porque el vino lleva en él la luz del sol y el sabor de la tierra. Echar vino es desear que todos participen de la fiesta: como si se quisiera quitar la tristeza de su corazón, ofrecerles coraje para vivir e invitarles a distribuir a su vez fiesta al mundo entero.

Jesús eligió ser como el vino que se reparte, para revelar y ofrecer la alegría de Dios al mundo. Derramó su palabra, sus actos, su vida entera y su muerte para abrir a los hombres la fiesta de Dios.

- *¿Reparto fiesta, alegría, de esa profunda que nace de estar en armonía con todos, con la naturaleza, con Dios?*

3. *"Tomad, esto es mi cuerpo"*

Creer como cuerpo. Necesitamos la Eucaristía para crecer como cuerpo, como comunidad cristiana. En el texto escrito más antiguo (aunque no la tradición) que poseemos sobre la Eucaristía: 1Cor 10,16-17, Pablo afirma que **"el pan que compartimos" es participar y estar "en el cuerpo de Cristo"**. La Eucaristía lleva la experiencia de lo que en concreto es el "cuerpo de Cristo". El comer y el beber son símbolos de esa experiencia del amor mutuo, del servicio alegre y gratuito, de estar siempre disponibles, de esa común unión con el mismo Señor presente en la comunidad con todos y cada uno de los miembros del grupo cristiano.

- *¿Salgo de las Eucaristías con un compromiso serio de compartir? ¿En mi mesa tienen sitio alguien más que los cercanos?*
- *¿Me siento cuerpo/comunidad orante, que escucha la Palabra, comparte con el hermano y siente la alegría de la presencia del Señor?*

4. LA COMUNIÓN CON JESÚS

El discípulo tiene que considerarse a sí mismo como un pan que se da, y que para darse muchas veces hay que "romperse". El que se parte y se comparte. **Solo muriendo hay vida. Solo menguando se crece.** Y despojándose se tiene a manos llenas. Hacer de la propia vida un alimento disponible para los demás. Y tomar fuerza en la Eucaristía, donde se realiza ese gesto de amor, de entrega hasta dar la vida.

Estamos hechos de forma artesanal y personalizada, a fuego lento. Tenemos a un Dios a quien escuchar, comer, beber, gustar. Nosotros también debemos hacernos pan para los demás y repartirnos.

El hecho de partir el pan con otras personas, aparece **como un constitutivo** de lo que en realidad fue la experiencia de la eucaristía para las primeras comunidades cristianas.

Y así lo vivió la iglesia primitiva. En Hechos 2, 42-47 nos dice: "a diario frecuentaban el templo en grupo; partían el pan en las casas y comían juntos alabando a Dios con alegría y de todo corazón, siendo bien vistos de todo el pueblo".

El texto distingue, por una parte, el templo; por otra, las casas. Distingue el espacio sagrado del profano. La fracción del pan (la eucaristía) no está vinculada al espacio sagrado. Desde este punto de vista, la celebración eucarística **no es un "ritual religioso", sino un símbolo comunitario.** Y sacaron consecuencias de lo que representaba ese símbolo: **poner en común todo lo que cada uno poseía.**

Y quizás haya contribuido **la manera** que tenemos de celebrar las misas. No hay mesas para comer sino altar para celebrar el sacrificio. La comida ha sido sustituida por las hostias blancas. No se comparte lo que se tiene: cosas materiales, o alegrías, penas, sufrimientos, problemas, afectos, etc. **El rito ha devorado al símbolo, la comida.**

En el rito, todo está previsto, reglado y determinado con una precisión bien fija: los gestos, las palabras, las vestiduras, la materia utilizada en la Eucaristía... Como el ritual es lo más importante, el símbolo ha pasado a segundo término hasta desaparecer.

Es decir, buscando la garantía jurídica del rito, la institución, ha terminado por matar el símbolo universal de la mesa compartida. En la Eucaristía se participa, en la Misa se "oye" o se asiste.

Resumiendo. Nada hay más central y decisivo para los seguidores de Jesús que la celebración de esta cena del Señor. Por eso hemos de cuidarla tanto. Bien celebrada, la eucaristía nos moldea, nos va uniendo a Jesús, nos alimenta de su vida, nos familiariza con el evangelio, nos invita a vivir en actitud de servicio fraterno, y nos sostiene en la esperanza del reencuentro final con él.

- *¿Asisto a Misa o celebro la Eucaristía?*
- *¿Salgo de las Eucaristías con el corazón abierto y cambiado, con deseos de compartir?*